

SAUL IBARGOYEN ISLAS (Montevideo, Uruguay, 1930) ha publicado tres novelas, cuatro libros de cuento, cuarenta de poesía, uno de teatro y un disco con sus poemas; es autor de cinco antologías de poesía; su obra ha sido difundida en diarios y revistas nacionales y extranjeros. Fue jurado en varios premios internacionales de poesía, periodismo y cuento en Cuba, México, Nicaragua y Uruguay; dos veces presidente de la Asociación de Escritores de Uruguay y miembro del Partido Comunista de su país. Impartió talleres literarios en México y Uruguay y ha participado en numerosos foros, encuentros y congresos literarios en la URSS, RDA, USA, Cuba y Paraguay; ha traducido a diversos escritores portugueses, brasileños y franceses. Actualmente es jefe de redacción de *Plural de Excelsior*.



La poesía de Ibargoyen rastrea la historia remota de un lugar que puede ser éste o el lejano oriente. En sus cantos se nota el desgarramiento del escritor, pero también la apuesta por la vida. Su escritura está marcada por la experiencia revolucionaria y su esperanza por el cambio. Hay una cosecha de la gran literatura del Uruguay. Su escuela está enraizada en toponimias que todos conocemos. *La última bandera* es un trabajo honesto, comprometido con la palabra.

Carlos López

## Saúl Ibargoyen

# La última bandera



10

SAUL IBARGOYEN / La última bandera

HS

  
editorial  
praxis

Saúl Ibargoyen

La última bandera

*Colección Dánae*

Saúl Ibargoyen  
La última bandera



# LA ÚLTIMA BANDERA

## SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:  
Blanca Mateos

Digitalización de textos:  
Berenice Garmendia

**PALABRAVIRTUAL.COM**



1ª edición digital  
**2014**

Portada: Manuscrito turco del siglo XIX

*para Margarita Martínez Duarte,  
porque supo entregar claras palabras y  
ritmos invencibles a esta crónica de un  
tiempo que otros habrán de recordar  
con las voces arrancadas de nuestra  
sola voz.*

*para Gilgamesh y su antiguo pueblo  
y los hijos de todos los pueblos que  
son la arena y la sangre del país de  
los dos ríos.*

*para los niños mutilados por la guerra  
cuyos nombres quedarán escondidos en  
la arcilla dolorosa de la historia.*

D.R. EDITORIAL PRAXIS  
PRIMERA EDICION, 1994

ISBN 968-6509-72-0

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc,  
C.P. 06720, México, D.F. Tels. 578-86-89 y 761-94-13. Telefax 578-86-89

HECHO EN MEXICO

*Todos los que militáis  
debajo desta bandera  
ya no durmáis, ya no durmáis,  
pues que no hay paz en la tierra*

Santa Teresa de Jesús

## No quiero escribir el nombre de la sangre

Una mano sencilla apenas  
sobreviviendo a los trabajos del día inevitable  
salió desde una mujer llamada Selva  
y escribió que los misiles  
apuntaban a sus corazón.  
Otra mano mancillada  
por el sufrimiento  
pudo narrarnos que aquende  
la mar océano  
también el amor era capaz  
de desamarse a sí mismo  
para levantar a un cuerpo titubeante.  
Y otra la tercera mano  
—que cuida de gatos amarillos  
y largos papeles  
y combate contra las brisas  
polvorientas que corroen  
muebles de roble o cedro o nogal  
en los patios congelados—  
describió a los animales  
que se unen a los astros  
para indicar así el tiempo  
donde empiezan  
los sabores salobres del olvido.  
Y ésta la mano responsable  
del jugo sudoroso que nuevamente

en cinco dedos se repite  
recuerda ahora —en este trazado  
de una imperfecta ciudad  
de signos y silencios—  
que alguien una alta  
y Clara mujer protestó  
ante su dios  
para que no nos abandonara  
como alimento de las fieras  
que ciertos hombres fabrican  
con el metal enrarecido  
de su carne.  
Y esta mano asimismo rememora  
lo que otra mujer Sara  
escribió de aquel guerrero muerto  
de esplendentes heridas.  
Y también esta mano repite  
a la dama que debe ser amada  
pues usó las armas de la pasión  
como una fruta  
para enterrar el espanto  
en los rostros de la muerte.  
Pero son pocas las manos todavía  
y tan incontables  
como el acoplamiento de las mariposas  
anaranjadas que deben perecer.  
Pocas tal vez o no suficientes  
—en esta crónica acechada  
por los sucios oxígenos del siglo—  
pues nunca escribirán  
el nombre completo de la humana sangre

los hedores punzantes  
de la sangre  
las retorcidas transformaciones  
de la sangre.



## No quiero leer aquellos libros sagrados

Unos ojos de párpados  
consumidos por páginas oscuras  
o abecedarios de piel que se esclarece  
—sin consultar ninguna biblioteca  
ni obedecer a las imágenes  
que se mezclan  
con datos informes y noticias—  
resolvieron no desentrañar  
los textos redactados  
con la dudosa saliva de D'os.  
Porque toda la palabra escrita ha sido  
reescrita releída revisada reincorporada  
recompuesta revuelta rechazada  
en tablilla de greda quebradiza  
donde se lee todavía:  
“Yo levanté las torres  
de mi ciudad  
con las piedras de alejadas montañas.  
Después vendrá la arena  
pero yo las construí”.  
Y en estelas de granito  
sanguinolento o de alabastro  
finísimo donde el cincel  
confirmó: “Que tú creaste  
a la Tierra según tu corazón  
mientras estabas solo”

y que alguien “el Rey  
fue la vida verde  
de nuestra nación  
y sus labios fueron hechos  
de canciones y abundancia”.  
Y en figuras de piedras  
deleznables (tan eternas  
como una manzana en las cestas  
del mercado)  
con sus plumas descoloridas por  
la lluvia celeste que visita  
los santuarios de la víbora sagrada:  
dos mil ojos circulares  
contemplan desde el polvo  
toda esta ruina que no se detendrá.  
Y en las cajas  
donde el plomo ardiente  
aún nivela  
sus momentáneas estructuras.  
Y en las cintas  
que un nuevo lenguaje  
corrige y traspasa.  
Y en los ordenadores que no conocen  
el contenido del vocablo  
pájaro ni cómo explicar  
que una sílaba es una sílaba  
y no vulgares símbolos  
que un viento electrónico  
captura y traslada.  
Y en las cortezas pintadas  
con la tinta de otras cáscaras

o raíces o pétalos o con la hiel  
espesa del búfalo  
o del lobo solitario  
o del salvaje conejo deshonorado  
todavía se lee que en  
“los inviernos cada hijo  
de mujer comerá su propio  
corazón si es que espera morder  
el agua invisible y los brotes  
de la primavera preparados  
por el viejo Sol”.

Y en las marcas de puros metales  
de lápices groseros  
de ágiles estiletos  
de punzones de rugoso hierro  
y de pinceles fabricados con pelos  
de extintos camellos  
y del pubis de muchacha virgen y mortal  
tus palabras que son este libro  
—y hasta el mismísimo papel  
adonde ellas descenden  
en busca de la sed—  
resultan dislocadas corregidas  
cambiadas trastocadas calcinadas  
escupidas deformadas borradas  
conducidas a las sórdidas letrinas  
del último de los hombres  
que será a su vez sepultado  
en cualquiera de las formas  
del tormento.

Las frases las páginas

los papiros los pergaminos  
las valvas quebradas del exilio  
la sintaxis crispada del dolor  
los caracoles como esas raras  
monedas impresas por el mar:  
todo junto apegado en sí  
reunido para sí  
en un sonidal de gargantas  
insaciables máquinas y músculos  
realizados para modificar  
los fríos rumbos del alto aire  
la vereda caliente de los vientos terrestres  
las tempestades ondulantes  
que los astros nos obligan  
a recibir y a descifrar:  
todo esto así  
para que tus ojos descuidados  
se transformen  
bajo el aroma sencillo  
de la palabra noche  
dibujada aquí  
para que tus iguales ojos  
también hacia ti mismo  
se oscurezcan.

## No quiero mirar la violencia del verbo

¿Quién redactó en las pieles de un rollo negro  
el vuelo rapaz  
de los siete ángeles que derramaron  
sobre Aram-Nacharam y el país  
de los dos ríos  
sus dirigidas vasijas de la cólera?  
¿Quién dijo bajo la denominación  
del señor o del vástago de Sira  
que hay un tiempo del agua  
y otro de la tierra  
un tiempo del aire  
y otro de la tempestad  
un tiempo del cordero  
y otro del lobo  
un tiempo del sinsonte  
y otro del aguila  
un tiempo del lagarto  
y otro del coyote  
un tiempo del ataúd  
y otro del jacal?  
¿Quién pudo confirmar  
que el verbo encerrado en la tinta  
o en las llameantes pantallas  
no es más que el fantasma  
de su propio sonido  
o que el momento de sus mezclas

materias es más duradero  
que la voz desesperada  
de los profetas y los líderes?  
¿Quién aseveró —heredero de ese verbo—  
que los hijos de estas Indias  
“son cobardes como liebres,  
asustadizos como cucarachas  
cochinos como puercos; no llevan  
puesta el alma en parte alguna;  
comen piojos, arañas, perros mudos,  
gusanos sin cocinar do quiera  
que los hallan; no tienen arte  
ni comercio, ni industrias ni  
mañas de hombre; son adversarios  
naturales del Santo Jesús...”?  
¿Quién pretendió adelantarse  
a su propia crónica al decir  
que el inflexible dios de los ejércitos  
“azuzaría y reuniría contra Babilonia  
a grandes naciones venidas  
del apartado Norte, para que fuera  
traspasada por los arqueros  
cuyas inflamadas flechas  
no se clavan jamás en el vacío”?  
¿Quién lanzó sus ácidos salmos  
más allá de los años de la historia  
al anunciar que ha llegado  
el día brutal del dios iracundo  
“para arrasarse toda la tierra”  
para aniquilar a todos los vivientes  
de Ascod de Gaza de Ascalón

para someter al fuego  
a las ciudades  
a sus alegres palacios  
y a sus opacas chozas  
y a sus fértiles alrededores  
para que las puertas cerradas caigan  
y los muros se agreguen al polvo  
y las mujeres sean violentadas  
y los arcos y los dardos se rompan  
y las lanzas se quiebren  
y los escudos sean pieles  
de cebollas masticadas  
y toda la brillante riqueza  
y los signos de tanto poderío  
se dispersen como aliento  
de perro moribundo  
o como chatarra que será ceniza  
hedionda entre las desgajadas  
uñas del Sol?  
¿Quién recurrió al demonio  
porque tal vez atrajo hasta aquí  
a estos miserables salvajes  
consumidores de cazabe de maíz  
y de humo blanco?  
¿Quién apenas lamentó  
que la espada de su dios  
no descansaba jamás golpeando  
a los corruptos y a los vientres  
de las madres  
a los poderosos  
y a los sencillos pecadores

a los ancianos fatigados  
y a los tullidos en su lecho  
al leproso desdeñado  
y al adúltero?  
¿Quién blasfemó al afirmar  
“que cada pueblo trabaja  
para llegar a la nada,  
para ver la vaciedad de sus dedos,  
para tocar las arrugas en sus párpados,  
y que cada nación suda y se agita  
para que sus frutos sean  
disueltos por el fuego”?  
¿Quién niega su lengua  
al borrar el futuro  
para los hijos de los hijos  
del Hijo del Hombre  
en cada hombre?  
¿Es el mismo que maldice  
al que hace confianza  
en otro campesino de la ciudad  
o en otro ciudadano de los campos  
o en otro artesano del mar?  
¿Es quien insulta  
al que procura apoyo en otro mortal  
como si así pusiera el corazón  
fuera de los ojos de su dios?  
¿Qué queda de ese quién?  
¿Alguien lo ubicó delante  
de la intransigente divinidad  
del desierto o ha regresado  
a sus lares de Anatot

como una simple sombra  
que no puede recobrar  
la irascible costumbre de las palabras?  
¿Qué hienas aullarán en los castillos  
desmenuzados qué chacales  
habrán de aliviarse  
en el esplendor vencido  
de los palacios que los ríos  
pudieron contemplar?  
¿Cuántas serpientes fornicarán  
enredándose en los huesos  
y en los pellejos de soldados  
y albañiles  
de tenderos y médicos  
de paisanos y reyes  
de secretarias de su casa  
y de sacerdotes  
de banqueros y niños sin nacer?  
Pronto volveremos en nuestra relación  
a repetir necesarias narraciones  
a lastimar la memoria de la arcilla  
a remover los sensibles  
recuerdos de la piedra  
a transitar los cueros  
pintados de los árboles  
a tocar páginas fibrosas y primarias  
a rozar las sedas enrolladas  
a pulsar los intocables comandos  
de la luz  
a irritar el papel de un libro final  
que nunca entregaremos a las aguas

pues toda nación deberá alzarse  
de sus restos humeantes  
y los perros habrán de beber  
junto a la boca  
de los peces que cantan  
como súbitos pájaros  
en las regiones donde se abre  
un carcomido aire de cristal.

## No quiero escuchar la furia del cañón

Ahora solamente han de hablar  
los labios:  
ni arterias ni ritmos  
ni nervios ni electrizadas lenguas  
dejarán de enmudecer.  
Todo será comentado  
a vuelo de esa mosca  
que mira cómo nos movemos  
con la pesadez que en ella sería  
un tiempo insostenible  
una locura de células alucinadas  
de alas contrayéndose  
de antenas retraídas  
de trompas exasperadamente hambrientas:  
asedios orgánicos imposibles  
de chupar o comprender.  
O quizás utilicemos el tiempo  
del que vive diecisiete años terrestres  
debajo de una ciudad  
a resguardo de zapatos y garras  
y patas y pezuñas y picos  
y rostros y mandíbulas  
y sierras y serruchos  
y ganchos y garfios:  
pero igualmente tendrá que subir  
a otro espacio

para encontrar su propio nacimiento  
y aparearse antes de iniciar  
ese remedo de rápidos cantos  
señalando que toda cigarra  
también debe morir  
O tal vez aprovechemos  
la fuerza de la Luna  
que abre la burbuja del cangrejo  
transparente y que aparta  
las espumas para que el pez  
se transforme en pescado  
para que la tortuga desove  
al pie de la futura sangre.  
O puede ser ¿quién sabe?  
que optemos por el recurso  
de la maldición  
no de las lágrimas  
no del lamento.  
Así volveremos a esta batalla  
que no es la guerra florida  
pues no hay rosas mojadas  
ni flores con un nombre luminoso  
de pétalos amarillos.  
Que nadie dé un paso  
sin preparar sus sandalias  
pues cada una contiene más caminos  
que pelos besamos en vientre de mujer  
y toda la Tierra  
y todas las esferas  
son huellas apenas girando  
y quemándonos la suela de los pies.

Sí porque el cañón y su furia  
habrán de corromperse  
entre sórdidas cenizas.  
Ninguna espléndida materia  
podrá sobrevivir al calcinarse  
la íntima raíz de los desiertos  
y el negror que estalla  
en la imperfecta energía  
de un cielo saturado  
de animales sedientos.  
Nada podrá sobrevivir:  
¿qué haría  
la curiosa cucaracha sin nosotros?  
Ningún sonido habrá  
de vivir  
para hacer memoria  
de aquellos que invocan  
—contra los hijos y la simiente  
del hombre  
contra los hijos del quetzal  
contra los hijos de la araña  
contra los hijos del tigre  
contra los hijos de la hierba  
contra los hijos del zopilote  
contra los hijos del tamal  
contra los hijos del tiburón  
contra los hijos de la piedra  
contra los hijos del líquen  
contra los hijos de las mesas  
de los calzones de las copas  
de los cuchillos de las campanas

contra los hijos de etcétera y etcétera—  
de quienes invocan pues  
la presencia airada de la sucia enemiga  
de la siempre muerte.  
Ningún olor habrá  
para el cadáver de quien escupa  
al hijo de los siglos  
al pobre de los mundos  
desde sus murallas que enfrían  
a sombra y fuego la Tierra total.  
Ningún color será inventado  
para pintar la tumba  
de quien arroja sus despojos fecales  
sobre el trigo el mijo la cebada las viñas  
que deben alimentar a las bestias  
y a los frutos del hombre  
—sobre los cuellos quebrados  
por el sometimiento  
—sobre las rodillas laceradas  
de los suplicantes  
—sobre la entrepierna  
dispuesta a continuar  
los riesgos y la risa  
de la especie.  
Ningún sabor habrá de sembrarse  
en el paladar  
de quien blasfeme protegido  
por las descarnadas leyes del mercado  
—porque tendrá lejos de sus dientes  
el ácimo pan al uso del Señor  
y el vino será agrio

en sus vasos cantantes  
y en las fuentes habrá  
sopas y salsa de barro  
y serán ennegrecidas las sutiles  
ofrendas de ánades gansos codornices  
gallinas cotidianas y faisanes  
—porque no estarán en el desayuno  
las tostadas crujidoras  
ni el sensorial café  
ni los huevos de serpiente  
mezclados con el jamón  
traído al instante desde  
inubicables serranías o montañas  
—porque no se formarán  
las infusiones de tila manzanilla  
boldo jamaica o jazmín:  
tallos fibras hojas simientes  
fluorescencias serán pedazos de bosques  
que destruyó el *napalm*.  
Se quebrará la espada  
del dios de los ejércitos:  
no habrá sabores para la gula  
de los hartos.  
¡Ah! malditos ahora mismo  
los que instalan  
junto al templo sus industrias  
del terror y de la muerte:  
malditos desde ya  
los que toman su odio del espejo  
los que asesinan a las mujeres  
de rostros escondidos

y al anciano por mirar  
hacia el poniente  
y al muchacho que arroja un guijarro  
encendido por su propio corazón.  
Sí malditos porque olvidan  
los aullidos y la ira de sus muertos  
soldados de pieles distintas  
de idiomas diferentes  
y de idénticas vísceras destrozadas  
soldados cuyos arcos se rompieron  
y sus flechas partidas arden  
y sus escudos se desgarran  
y sólo dejarán entre pegajosos  
cuajarones polvorientos  
un número un registro  
una bota paralítica  
una fecha dudosa y un fusil enfriándose.  
¡Oh! malditos porque quieren sustituir  
a los fatigados ángeles  
de la cólera  
a los colmillos de la peste  
que hirieron a tantas gentes  
y a tantas naciones:  
no habrá sabor de vida  
para ellos  
deberán contentarse con lamer  
a sus íntimos gusanos  
que desde ya los conocen  
y los muerden.



## No quiero hablar de viejas naciones

**E**n la antigua nación  
que estuvo de pie sobre sus ladrillos  
teñidos de luz  
solía decirse que debemos  
hablar o cantar solamente  
de las memorias y las cosas  
y los bueyes y las gentes  
que perdimos.  
También decía que las riquezas  
eran como esos pájaros  
que no hallan calma ni lugar  
donde posarse.  
Y allí en esa nación  
de mujeres y hombres  
largamente vestidos de lana  
y bebedores fieles de una  
incomprensible cerveza  
se encontraron el oscuro cuervo  
y la zorra veloz.  
Dijo el cuervo: "Mira hacia  
arriba y hacia abajo  
hacia los costados que te rodean:  
todo ese espacio lo hice  
con mi vuelo".  
Y contestó la zorra: "Mírame orinar  
y verás dos ríos interminables

que no estaban. Eufrates y Tigris  
serán llamados por los hombres".  
Los dioses seguramente se burlaron  
de estos animales de plumas y pelos  
pues ellos vivían como los astros  
fumaban en pipas de oro  
bebían el licor del rocío  
habitaban las redes del Sol  
sostenían la blanca antorcha  
de la Luna y "en su morada  
no se oían lamentos ni tangos  
nostalgiosos ni se escuchaban  
endechas de muerte".  
Pero la zorra y el cuervo  
solamente comprendían  
su propio lenguaje y nunca  
pudieron comprobar que un hombre  
es algo de la sustancia  
o de la sombra de D'os  
como un esclavo es el ofuscado  
sudor de su amo  
y que las bestias y alimañas  
y los simples bichos de la tierra  
del fango de la arena del agua  
y del vencido aire  
no tienen rey ni dios  
que los ampare.  
Y que el asno no fue inventado  
para aventajar al corcel  
ni la mosca para dormir  
en la pureza

ni la lombriz podrá jamás  
derrotar su escondido silencio.  
Me detengo ahora ante la arcilla  
blanca: porque arde como papel  
y así los versos podrían extinguirse:  
cada hierba tiene su hora de nacer  
y cada acto que las tolvaneras  
despliegan en la ciudad de los palacios  
tiene también su justo momento.  
Detenerse sí sobre los trazos  
creados con la energía que nos dan  
la penumbra de los muros calcinados  
y los hijos prisioneros que chillan  
porque no podrán nacer.  
Detenerse sí sobre la tinta  
derramada como una copa  
de lodo enfurecido  
¡Oh Señor! ¡Ah Señora!  
que tal vez sean uno  
sin que cada uno  
sea la justa mitad:  
tú y tú lo han dicho  
yo simplemente obedecí  
miré un camino  
y he copiado las palabras.  
No bebo de esa copa de fango  
pues conozco los golpes  
del vino. Acopio y copio  
más palabras: ellas no agrandan  
ningún tesoro  
no son resguardadas

en la tumba de acero de los bancos.  
¡Ah Señora! ¡Oh señor!  
los pinceles susurran  
sobre la seda intocada  
el cincel lastima  
los nervios de la piedra:  
nacemos juntos  
—cada numen cada divinidad  
cada patrono cada ídolo cada matrona  
cada imagen cada muchacha cada estatua  
cada hombre cada chapulín—  
como de un resto de barro  
amasado con los jugos  
más oscuros de la sangre:  
arcilla quizá sobrante  
de otros mundos fracasados  
greda ensuciada por el uso cotidiano  
por sustancias sin deseo  
de forma ni color.  
Pero allí escribimos  
entre esas aguas adensadas y secas  
sílabas sonidos como pájaros  
—golondrina sinsonte jurutí—  
que nunca podremos atrapar.  
En la antigua nación  
que bebiera de sus dos ríos  
de cerveza indescifrable  
que contemplara canales de sudor  
en el surco del buey  
y en el hígado de la oveja  
o del becerro

hubo más de dos tiempos  
en que reinó la ira  
y se alzó la desdicha.  
No puedo detenerme  
y pedir al dios  
que él también  
—porque es débil—  
ruegue a los ejércitos  
por la paz y la hartura  
en las entrañas del hombre.  
Y que ruegue al adversario  
de las tinieblas  
para que crezcan la paz y el gozo  
sobre el frijol y el trigo  
cultivados por tu siervo.  
No puedo permitir que en mi boca  
se hinchen las cansadas palabras:  
¿cómo juntar saliva fresca  
con los viejos alientos  
que el aire no recuerda?  
Pido al dios —tan estrecho  
de fuerzas— que ruegue  
para que el camello corra  
y se acabe el desierto  
para que el perro guardián  
no se quiebre los dientes  
para que la arena y la sal  
pesen más que el odio  
en la espalda enferma de tu siervo.  
¡Ah Señora! ¡Oh Señor!  
¿es que debemos soportar

sin risas ni lágrimas  
y con rostro inmóvil  
todo lo que pesa  
la creciente carga  
de tus gestos y tus obras?  
¿es que tus luces y tus relámpagos  
no ven tantos cráneos desgarrados  
por los buitres y los cuervos  
tantos huesos despreciados  
por la zorra y el león?  
¿es que tu cerebro y tu estómago  
no piensan  
que en esa podredumbre se borraron  
las distancias que hubo  
cuando sus dueños respiraban  
bajo el Sol?  
¡Ah Tú! ¡Oh Tú!  
distintos para cada uno  
idénticos a los que no son:  
cuando le entregues a tu siervo  
un soplo de mera existencia  
que caiga el polvo de tus pies  
en sus sandalias vacías.

## No quiero hablar del nuevo silencio

¡ Ay! Santa Cecilia patrona  
de los músicos terrestres  
de las vihuelas populares  
de los violines chilladores  
de los atabales apagados  
por el ron:  
¡ ay! Santa Cecilia tu nombre  
es el de los ciegos  
por eso ¡ ayúdame a escuchar!  
Dime: ¿ dónde empiezan mis orejas  
y termina la canción?  
¿ o es que el río nace  
cuando es cortado el caracol  
como un claro corazón de agua?  
Y tú acaso — lejano dios  
hijo de dioses — no quebraste  
cítaras flautas y laúdes  
para mejor decir  
que muchos seres salieron de tu boca.  
Pero mira si puedes  
más allá de tu paladar:  
mis cabellos y mis espaldas  
están secos.  
Y tú acaso no agregaste  
— entre maderas y cuerdas  
trizadas — que a solas

todo fue planeado por ti  
a solas todo lo forjaste  
para que el mundo tuviera  
su proyecto de existir.  
Pero en mi cabeza  
no está la ceniza de tu aliento  
y en mis muslos  
debajo de la oliente bragueta  
florece sólo el semen  
que es mío  
la simiente que me pertenece.  
¿ Y quién sabe de tus sentencias  
si nunca hiciste consejo  
con nosotros? De ahí pues  
de ese repetido silencio viene  
tu error por causa de la soberbia  
o de la misma soledad  
que heredamos de ti.  
¿ Y acaso no dijiste que estabas  
destrozado y que apenas lograste  
recoger tus miembros  
tus narices lastimadas  
tus vísceras vencidas  
y que sobre tanto desorden  
también apenas pudiste llorar?  
¿ Lloraste como gime  
un hombre supliciado  
al percibir la falta de sus uñas  
o una mujer al sentir  
el hueco de su lengua  
o un infante al ver su piel

que rueda a chorros  
quemada con *napalm*?  
Quiero escuchar voces griterías  
vientres desprolijos y susurros:  
nada habré cambiado con esta crónica  
áspera de versos difíciles:  
porque nada hay  
que deje de cambiar.  
Porque estamos invitados  
a la fiesta de un nuevo silencio:  
la espada atómica de la ira  
ya no es la del sediento Yavéh:  
sus furias tonantes no pudieron  
prever los seis millones  
de sus siervos disueltos  
en grasa en humo y en jabón  
ni los muchachos innumerables que fueron  
borrados por sus flechas airadas  
al exigir también  
una tierra justa de leche  
y de miel  
para las usurpadas fronteras  
de la patria.  
¡Ay! Santa Cecilia patrona  
de ojos cegados  
por el propio nombre  
que tus discípulos declaran:  
ayúdame a escuchar  
los ochocientos millones de latidos  
que harán de mi pecho  
una fábrica de dolor y de goce

y de sílabas mudas  
de espasmos imprevistos  
y de la angustia que indica  
las exactitudes de la muerte  
—como el hueso de una fruta  
en un altísimo árbol: ¿cómo subir  
una altura sin medida? ¿cómo probar  
sensaciones olores tan perfectos?  
Vuelvo a ti —apartado dios  
engendrado por dioses—  
y te pido que observes  
a los guajolotes acoplándose  
con la misma ansiedad  
de las fornicadoras abejas  
que reuniera el poeta de Temuco.  
¡Ah! Lejanísimo dios del tiempo  
que debes yacer con tu hermana  
diosa distante del espacio  
para que así los mundos  
se sostengan encima  
de las cabezas  
y debajo de los pies  
de las alimañas y los hombres:  
esos siervos que se olvidan  
de servir  
y hasta olvidan ofrendas y alabanzas  
por buscar un nuevo silencio  
cuyo centro estará en aquellas  
naciones venidas del Norte  
como una tormenta de hierros encendidos  
siempre dispuesta a devorar

y a desatarse.  
Los presagios de un loco danzan  
todavía por los cielos:  
hierven las aguas de los lagos  
salobres hierven las dulces espumas  
que otros años bebimos.  
Hermano dios aquí no bautizado:  
Hermana diosa que duermes  
junto a él  
para que el orden de los astros  
no se altere:  
Santa Cecilia que estás  
en las plazas y los jardines  
de esta ciudad que desborda  
sus marcas y sus términos.  
Daremos testimonio por nuestros ojos  
si alguien duda  
del sucio dolor derramado por la guerra  
si alguien cree  
que las canciones han muerto  
o sólo son cánticos tristes  
si alguien lanza voces  
para que vengan las lloronas  
a preguntar a dónde fueron  
llevados los hijos  
de los esclavos los escribas  
y los príncipes.  
Daremos fe porque hemos puesto  
el verbo y la persona  
en este pleito.

No quiero tocar  
el origen de las cosas

**E**l pasado se mueve  
como un desierto de plumas  
y lagartos y pétalos  
fermentando entre mis párpados  
—que no puedo cerrar—  
y mis rodillas que empiezan  
a quebrarse  
y el punto estallante del origen  
cuyo susurro traducen los astros  
las invencibles cucarachas  
y nada más que ciertos pájaros.  
Mira el pasado  
que se enfrenta a todos nosotros:  
¿es un simple río  
un turbio rumbo apenas transitado  
una espiga blanquísima en los cielos  
un rey colgando de un árbol  
un capitán en su túnica de hierro  
una montaña viajando por el mar  
un monstruo de dos cabezas  
que se borra en la mugre del espejo  
un roto collar de turquesa  
con sus discos de oro deslucido  
un templo del diablo  
incendiándose sin fuego?  
¿El pasado es el hambre

que recurrió al gusano  
que puso jumiles  
y hormigas rojas  
y glándulas de iguana  
en tu plato de maíz resquebrajándose?  
¿El pasado es sólo eso:  
nuestra gente que azotaba  
sus labios y echaba voznadas  
y gritos y alaridos y alientos  
porque el cántaro se rompía  
bajo la solitaria plenitud  
de la Luna o porque  
en la casa del dios  
comenzaron a morir los años  
o porque el humo del incienso  
se pudría junto al humo  
del cañón?  
No conoces el presente  
no hueles ni percibes  
el enredado sabor  
de lo que está por venir:  
porque no miras  
hacia la sombra de tus espaldas  
ni buscas dentro de tus axilas  
el vuelo sin descanso  
del espléndido quetzal.  
Por eso es probable  
que cruja tu corazón  
al encogerse bajo la cifra  
sangrienta de lo inevitable.  
Y por eso quizá refrescas

tus pies con bálsamos  
ungüentos y jugos estelares:  
nada borraré el sufrimiento  
que empieza a calcinarte.  
Se desplaza el pasado  
y las luces se alejan  
hacia otro presente  
hartas de imágenes  
como una mancha de petróleo  
deformada por el vinoso mar.  
¿El pasado es nada más  
que los dientes extranjeros  
inmundos de caries y de sarro  
mancillando el albor de la tortilla  
la frescura inesperada de la jícama  
el verde untuoso del aguacate  
las fiebres del mango y el mamey  
la ocre humedad de la papaya  
la hechura esmeralda del tlacoyo  
la extraña propuesta del nopal?  
¿Eso es el pasado: hechizos  
forjados por un verbo inútil  
daños que son solamente  
gestos y ademanes que hacen reír  
llagas que nadie  
pudo trazar en la piel  
de aquellos dioses barbados  
cuyas lanzas y balas y espadas  
y misiles y perros nadie tampoco  
hasta hoy arrancó?  
¿El pasado es la pestilencia

el vómito espeso  
la pútrida laguna  
la milpa fecundada por la mierda  
el temor y la sangre?  
¿Es la langosta  
que las auras devoran  
es la mujer ahogada  
por el semen brutal  
es el niño el escuincle  
el pibe el chaval el botija  
el gurí destripados  
contra los muros de la ciudad  
extirpada de raíz?  
¿Es el pasado la rueda  
que no rodó  
las manivelas los pedales  
los molinos las manecillas  
los ejes  
los rodillos las poleas  
que la obsidiana y el Sol  
y el copal aplastaron?  
No mires la sombría  
perspectiva de tus espaldas:  
podrías ver tus médulas  
y el doloroso equipaje de tus ojos  
esparcidos como las tripas  
de un toro sin alas  
en la tarde triunfal  
que adornamos también  
con nuestra muerte.

## No quiero hablar del enemigo de las naciones

No hablaré de todos los nombres  
que el primero de nosotros  
tuvo en el archivo cambiante  
de su boca.  
Porque los signos simplemente bajaron  
a sus labios  
porque sus párpados no apresaban  
todavía los cánticos a pura voz  
que debía ser la lectura inevitable  
antes de que pudieran  
dirigirse a la región  
donde incalculables imágenes  
y agonías se concentran.  
Habrá salivas cocinándose  
con sabores mezclados  
sobre una piedra negra.  
Habrá hubo hay  
solamente un idioma  
para escribir capítulos  
versículos versos sílabas  
y sólo ese mismo idioma  
que permita la perfección  
de lo escrito lo dicho  
y lo escuchado.  
Y no habrá una montonera  
de restos impuros



lamidos por la peste  
golpeados por las muelas del chacal  
quebrados a filo de hierro  
y gastados por la inercia del tiempo  
que se arrastren  
hasta la tumba de tu padre  
para insultar  
los ordenados huesos de tu padre.  
¿O es que nada más viajamos  
por las entrañas de una mujer  
—salpicadura de semen  
nudo de sangre  
carne coagulada—  
para reunir blasfemias y esperanzas  
torpes riquezas débiles floraciones  
y un trago de vino silencioso?  
¿O es que solamente desatamos  
dolor en un reventado vientre de mujer  
para que los olores de la vejez  
soplen ahora en nuestra piel  
como el hálito de un autobús  
en la ciudad de la torres derrumbadas  
o los gases del tigre quemado  
por la sed de todas las llanuras  
y todos los desiertos?  
¿Nada más para eso llegamos aquí  
entre el calor polvoriento  
de la feria  
para contemplar cómo la víbora  
aplasta y se traga  
con lentitud de ángel

al quebrantado hijo de la gallina  
mientras sus hermanos deben esperar  
que aquella doble lengua  
se acerque también a gozarlos?  
¿Únicamente para eso vinimos  
hasta el sitio difícil donde estamos  
traspasando células fibras delicadas  
y médulas heridas  
por el riesgoso fuego  
que la noche dispuso en su memoria  
de sudores y de lágrimas?  
¿Solamente para ese momento  
donde un idéntico acto  
que así nos trajo  
se renueva y se repite  
—mujer que yace con hombre  
mientras se enciende el sueño  
entre los dos?  
Ya estuvo entre nosotros  
el enemigo de la luz  
el que toma como rumbo  
los más sucios extravíos  
de su historia y de su sombra.  
Este es: el adversario  
de todas las gentes  
el que compró con treinta mil millones  
de monedas  
el azufre entero del infierno  
el que cometió iniquidad y perjurio  
con su ira —que es nada más que humana—  
el que suelta cheques y misiles

por los múltiples agujeros  
del alma y del cuerpo  
el que depositó sus mentiras  
en la cuenta del dios  
como si el dios de las bestias  
las palmeras y los hombres  
pudiera vivir fuera del mundo.  
Es éste sí: contéplalo  
en pantallas y periódicos: su rostro  
parece blanco pero en él  
ya han sido escritos los rasgos  
de una máscara negra más profunda  
que las cremas los afeites las arrugas  
la invisible piel.  
Míralo bien y busca  
en el código venido de lo alto  
el momento de su castigo  
que habrá de probar  
antes durante o después  
del fuego inmenso.  
Busca la hora en que el oprobio  
sea un manto asqueroso sobre su cráneo:  
¿Cuál será pues su castigo?  
Tres mil ángeles rojos  
tres mil caballos vestidos  
de celeste le marcarán la frente  
con las letras de la infamia.  
Y sus innombrables pecados  
y su implacable soberbia  
y sus risas funerarias  
darán testimonios de la fe

que el dios tiene en quienes  
se entregan a él dispuestos  
a medir la herida propia  
con el propio diente.  
De la saliva reunida  
por la hembras y los varones del dios  
se forman las lenguas de leche  
de agua y de miel que habremos de beber  
después que el país de los dos ríos  
se levante  
y que sus placas de arcilla calcinada  
y sus tierras ennegrecidas florezcan.  
Mira hasta el fondo de estos días  
deja de gemir  
destruye tus lamentos.  
Así verás cómo es castigado  
el enemigo de nuestras naciones  
el nuevo señor de los ejércitos brutales  
el cazador de cuervos y de zorras  
el asesino de bacterias y pirámides  
el que fue visto desde un árbol blanco  
el incendiario de muros y cucharas  
el violador de ancianas y doncellas  
el destripador de acequias y palacios  
el verdugo de profetas y albañiles  
el domador de ministros y de reyes  
el mercader de niños y campanas  
el destructor de rosas y de párpados  
el corruptor de plumas y papeles  
el inventor de insultos y de crímenes  
el escupidor de bocas y banderas.

Verás su castigo  
aunque sea por los ojos  
de los ojos de los ojos  
de aquellos que habrás de engendrar.  
Será demasiado fuego para ti:  
que muchos otros junto a ti  
soplen su aliento  
y te ayuden a contemplar.  
No habrá indulgencia  
no habrá misericordia  
no habrá tristeza ni arrepentimiento.  
Los males que alcanzaron a tu gente  
también serán para ti.  
Por eso requiere un término tu vida:  
¿Qué hiciste con el barro  
pegajoso de tu único corazón?  
¿Llevaste cuenta de tus quejas  
como goterones de una lluvia  
de nunca acabar?  
¿Agregaste un justo sonido  
al orden inmutable de los signos?  
¿Detuviste los gordos guijarros  
que iban sobre la esposa infiel?  
¿Entregaste a tiempo tus ruegos  
tus oraciones tus limosnas  
y a tiempo descendiste  
tu cara frente al Sol?  
¿Recogiste tu ardua cosecha  
en el instante previsto  
por tu propio sudor?  
El dios no sabe sonreír

está lejos del deseo  
del vino y del llanto.  
El apunta el tamaño  
de tu cólera  
y la edad de tus hijos que vendrán.  
El señala las cifras  
de tu ayuno  
y la condición de tu alimento:  
caldo de camello asado de borrego  
ensalada de hambre  
vísceras de buey.  
El indica el peso de tus rentas.  
El estima la pureza  
de las aguas que usarás.  
El ha imaginado todas estas cosas:  
es el más pobre  
sin duda de nosotros.  
Sólo tiene los trazos  
de este libro  
donde uno a uno escribe  
sus trabajos y sus días.  
Tal vez algo tiembla  
en su perfección  
como una gota amarga  
en el amado vientre que besamos.  
Por eso al dios le repugna  
que nuestra última palabra  
sea solamente  
la palabra  
sangre.

## Epílogo inconcluso

No quiero preguntar ahora  
si la cólera nuevamente derramará  
sus vasijas de barro negro  
sus escandalosas raíces  
de agua purulenta  
sus cristales de fulgor y podredumbre:  
¿es que puede morir el hambre  
por gracia del hierro?  
¿o puede borrarse la sed  
bajo los golpes del fuego?  
¿o pueden sanar los cuerpos  
corroídos por el voraz  
ácido del desierto?  
¿o puede la voz de un ministro  
un rey un presidente  
dar aliento a las bocas  
asesinadas desde el cielo?  
¿o puede la sola compasión  
reverdecer el trigo  
o llevar un pedazo de oxígeno  
al pulmón de los ahorcados?  
No quiero preguntar  
pero siempre estará  
la respuesta sin regreso  
de la sangre.

## Indice

No quiero escribir el nombre de la sangre.....	11
No quiero leer aquellos libros sagrados .....	14
No quiero mirar la violencia del verbo .....	18
No quiero escuchar la furia del cañón.....	24
No quiero hablar de viejas naciones.....	30
No quiero hablar del nuevo silencio.....	36
No quiero tocar el origen de las cosas .....	41
No quiero hablar del enemigo de las naciones.....	45
Epílogo inconcluso.....	52

Esta primera edición de *La última bandera* fue impresa por Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06720, México, D.F., en noviembre de 1994. El tiro, sobre ahuesado de 37 Kg., es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.